

Árboles endémicos

Nabil Valles Dena



La única frontera entre la casa
de mi padre y la mía era el magnolio
donde un silencio común de fronda quieta
señalaba una tierra intersticial.

Solíamos detenernos, si llovía,
en medio del camino
debajo de aquel árbol
que no nos salvaba de la lluvia,
pero un movimiento de aire en el follaje
–la voz de campanario de las hojas
al tocarse–
daba al día o a la noche la certeza
de estar cerca.

Había hogar en la intemperie,
en la mediación del camino
donde solo era yo
o era mi padre solo
–cada cual una indefensión–
de ida o de regreso hacia su pieza.

Ahora,
en una ciudad hecha por la tormenta
escucho el campanario de otro templo:
dentro de él aguardo a salvo de la lluvia
en una mediación desconocida,
sin precisar cuánta distancia más de viaje,
sin la certeza de que exista
aquel magnolio
entre dos casas vecinas.